

## SUMARIO.

Escipión el Africano marcha en embajada cerca de Antioco.—Su entrevista con Anníbal.—Dase cuenta de muchos prodigios.—Preparativos de guerra contra Antioco.—Defección de Nabis: su muerte.—Los etolios renuncian á la amistad del pueblo romano.—Antioco se apodera de muchas ciudades de Grecia.—Expedición de Liguria.—Preparativos de guerra de Antioco.

Al comenzar el año en que ocurrieron estas cosas, Sex. Digicio, pretor de la España citerior, había combatido las ciudades que se sublevaron por todas partes después de la marcha de Catón. La lucha que sostuvo contra ellas con más perseverancia que habilidad, fué casi siempre tan desgraciada, que apenas pudo entregar á su sucesor la mitad de las fuerzas que había recibido. Indudablemente habríase sublevado toda la España, si el otro cónsul, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, no hubiese vencido allende el Ebro y obligado por el terror de sus armas á que adoptasen su partido cincuenta ciudades. Estos resultados los consiguió durante su pretura. Como propretor vengó sobre los lusitanos las depredaciones que habían cometido en la provincia ulterior. En el momento en que regresaban á su país cargados con inmenso botín, les atacó en medio de su marcha, durando el combate desde la hora tercera á la octava

Expedición de Liguria.—Preparativos de guerra de Antioco.—Antioco se apodera de muchas ciudades de Grecia.—Los etolios renuncian á la amistad del pueblo romano.—Defección de Nabis: su muerte.—Dase cuenta de muchos prodigios.—Entrevista con Anníbal.—Escipión el Africano marcha en embajada cerca de Antioco.—Su

Al comenzar el año en que ocurrieron estas cosas, Sex. Digicio, pretor de la España citerior, había combatido las ciudades que se sublevaron por todas partes después de la marcha de Catón. La lucha que sostuvo contra ellas con más perseverancia que habilidad, fué casi siempre tan desgraciada, que apenas pudo entregar á su sucesor la mitad de las fuerzas que había recibido. Indudablemente habríase sublevado toda la España, si el otro cónsul, P. Cornelio Escipión, hijo de Cneo, no hubiese vencido allende el Ebro y obligado por el terror de sus armas á que adoptasen su partido cincuenta ciudades. Estos resultados los consiguió durante su pretura. Como propretor vengó sobre los lusitanos las depredaciones que habían cometido en la provincia ulterior. En el momento en que regresaban á su país cargados con inmenso botín, les atacó en medio de su marcha, durando el combate desde la hora tercera á la octava

del día, sin que pudiese preverse el resultado. Escipión, que disponía de menos fuerzas que el enemigo, le aventajaba en otros conceptos. Sus tropas, descansadas y formadas en masas compactas, tenían que luchar con una columna muy extensa, entorpecida por considerable cantidad de ganado y cansada por larga marcha; porque el enemigo había comenzado su movimiento á la tercera vigilia. Además del camino recorrido durante la noche, habían marchado por espacio de tres horas desde el amanecer, y sin tener tiempo para descansar, habían tenido que pasar de las fatigas del camino á las del combate. Animados por un resto de fuerza y de vigor, en el primer choque rompieron las filas de los romanos; pero insensiblemente se igualó el combate. En aquel crítico momento, el propretor ofreció juegos á Júpiter si arrollaba al enemigo y lo derrotaba. Entonces los romanos atacaron con más vigor y los lusitanos retrocedieron, declarándose á poco en derrota. Los vencedores se encarnizaron en su persecución, les mataron cerca de doce mil hombres, hicieron quinientos cuarenta prisioneros, casi todos de caballería, y se apoderaron de ciento treinta y cuatro enseñas militares. Los romanos perdieron setenta y tres hombres. Dióse la batalla cerca de Ilipa, y á esta ciudad llevó P. Escipión su ejército victorioso cargado de rico botín, que fué expuesto completo delante de las puertas, para que cada propietario pudiese reconocer lo que le pertenecía, entregándose el resto al cuestor para que lo vendiese, repartiéndose á los soldados el producto de la venta.

Cuando ocurrieron estas cosas en España, no había partido aún de Roma el pretor C. Flaminio, pudiendo tanto él como sus amigos, llamar la atención pública sobre aquellos triunfos y reveses, queriendo exagerar la importancia de la guerra encendida en su provincia

y el deplorable estado del ejército, derrotado y poseído de espanto, que Sex. Digicio iba á entregarle; tratando de conseguir por este medio que le diesen una legión urbana: quería además, después de unir esta legión á los soldados que él mismo había alistado, según un senatus-consulta, poder elegir del conjunto seis mil quinientos hombres de infantería y trescientos caballos. Con estas fuerzas, decía, podría hacer la guerra, porque no confiaba mucho en los restos del ejército de Digicio. Los ancianos contestaron que no se podían dictar senatus-consultos bajo la fe de vanos rumores inventados por particulares en interés de algunos magistrados; que las comunicaciones que enviaban desde sus provincias los pretores y los relatos verbales de sus legados debían considerarse verdaderos, y en fin, que si había tumulto en España, se autorizaba al pretor para que hiciese levas extraordinarias fuera de Italia, siendo la intención del Senado que se realizasen en España. Valerio Ancias pretende que C. Flaminio pasó á Sicilia para levantar tropas allí; que dirigiéndose desde esta isla á España, una tempestad lo arrojó á la costa de África, donde reunió los soldados dispersos del ejército de Escipión, que tomó á su servicio, y que á los reclutados en estas dos provincias reunió otro cuerpo que levantó en España.

En Italia se hacía cada vez más amenazadora la guerra de Liguria. Cuarenta mil hombres habían rodeado á Pisa, aumentando diariamente su número por multitud de gentes atraídas por la noticia del sitio y la esperanza del botín. El cónsul Minucio marchó á Arrecio el día que había fijado para la reunión de sus tropas, dirigiéndose desde allí á Pisa en columna cerrada. Su llegada salvó la ciudad: el enemigo marchó á acampar al otro lado del río, á una milla de las murallas, y el cónsul entró en ella. A la mañana siguiente pasó tam-

bién el río, estableció su campamento á unos quinientos pasos del enemigo, y por medio de numerosas escaramuzas consiguió preservar de toda depredación los campos de los aliados. No se atrevía á arriesgar batalla campal con sus fuerzas, compuestas de hombres de toda clase, que no se conocían entre sí ni podían confiar unos en otros, y por el contrario los ligurios, enardecidos por su número, se presentaban frecuentemente en batalla, dispuestos á trabar combate decisivo; y al mismo tiempo podían enviar por todos lados numerosas partidas para devastar las fronteras lejanas, y cuando reunían considerable cantidad de ganado y otro botín, lo dirigían bien escoltado á sus plazas fuertes y caseríos.

Como la guerra liguria estaba reconcentrada en los alrededores de Pisa, el cónsul L. Cornelio Merula atravesó las fronteras del territorio ligurio, entrando por ellas en el país de los boyos, donde operó de un modo enteramente contrario al de su colega; siendo él quien presentaba batalla y el enemigo quien la rehusaba; los romanos eran quienes, viendo que el enemigo no salía de sus parapetos, se desparramaban por todas partes para saquear, prefiriendo los boyos dejar impunes las depredaciones, á verse obligados á combatir al querer defender sus propiedades. El cónsul, después de haberlo llevado todo á sangre y fuego, abandonó el país y marchó hacia Mutina, sin tomar ninguna precaución y como por medio de país amigo. Pero los boyos, habiéndose enterado de su marcha, le siguieron silenciosamente, acechando ocasión para tenderle un lazo. Una noche se adelantaron marchando á emboscarse más allá del campamento romano en un desfiladero que el ejército debía atravesar. Sin embargo, no consiguieron ocultar el movimiento, y el cónsul, que ordinariamente se ponía en marcha á hora avanzada de la noche, temiendo que la obscuridad aumentase el desorden de una

sorpresa, esperó el día para continuar su marcha, haciéndose preceder por una turma de caballería que avanzaba á la descubierta. Enterado del número de enemigos y de la posición que ocupaban, hizo colocar todos los bagajes en medio del llano, mandó á los triarios que los rodeasen con una empalizada y avanzó contra los boyos con el resto del ejército formado en batalla. Los galos hicieron otro tanto en cuanto vieron descubierta su emboscada y que era necesario librar un combate en regla, en el que decidiría el valor.

Cerca de la hora segunda comenzó la pelea, formando la primera línea el ala izquierda de los aliados y los extraordinarios, mandándoles, en calidad de legados, dos varones consulares, M. Marcelo y Ti. Sempronio, cónsul el año anterior. Al nuevo cónsul se le veía, en tanto al frente de sus líneas, en tanto en la reserva, donde se ocupaba en contener el ardor de sus legiones é impedirles que atacasen antes de que se les diese la señal. Envió la caballería á las órdenes de los tribunos militares Q. y P. Minucio, á que se colocase en paraje despejado, con objeto de que no encontrase obstáculo para caer sobre el enemigo en cuanto recibiese la orden. Mientras tomaba estas disposiciones, Ti. Sempronio Longo le advirtió por medio de un mensajero que los extraordinarios no podían resistir más el choque de los galos, que la mayor parte de ellos había perecido y que los demás, cediendo al cansancio ó al miedo, comenzaban á perder valor: rogaba, pues, al cónsul le enviase una legión si quería libertar de un fracaso á las armas romanas. La segunda legión acudió á reemplazar á los extraordinarios, que se replegaron hacia el centro, y comenzó de nuevo el combate. Cuando aquella infantería descansada se lanzó sobre el enemigo en apretadas filas, el ala izquierda se retiró también del campo de batalla y la derecha avanzó sobre la primera línea.

El sol abrumaba con sus abrasadores rayos á los galos, que no pueden soportar el calor; sin embargo, presentaban masa compacta, y apoyándose, en tanto unos contra otros, en tanto sobre sus escudos, sostenían el choque de los romanos. Al ver aquello, queriendo el cónsul romper sus filas, mandó á Q. Livio Salinátor que se lanzase á toda brida con la caballería de los aliados que tenía á su mando, pasando á la reserva la caballería legionaria. Aquel impetuoso ataque introdujo algún desorden y confusión entre los galos, y al fin desordenó toda su línea; pero no huyeron, porque les detenían sus jefes, hiriendo con sus venablos á los que volvían la espalda, obligándoles á entrar en las filas. Pero la caballería de los aliados les cortaba el paso. El cónsul exhortó entonces á sus soldados á que hiciesen otro esfuerzo, diciéndoles «que la victoria era de ellos si querían aprovechar el desorden y la consternación de los galos para estrecharles vivamente; pero que si les dejaban tiempo para rehacer las filas, tendrían que sostener nueva lucha, cuyo resultado era incierto.» Mandó avanzar á los vexilarios, y redoblando la energía todo el ejército, puso al fin en derrota al enemigo. En cuanto volvieron la espalda y se dispersaron por todas partes para huir, salió en su persecución la caballería legionaria. En aquel combate mataron catorce mil hombres á los boyos, les hicieron mil noventa y dos prisioneros, en cuyo número se encontraban setecientos veintitún caballeros y tres jefes; tomaronles doce enseñas militares y sesenta y tres carros. La victoria fué cruenta también para los romanos, que perdieron cerca de cinco mil de los suyos ó de los aliados, veintitres centuriones, cuatro prefectos de los aliados, M. Genucio y Q. y M. Marcio, tribunos de la segunda legión.

Casi al mismo tiempo se recibió la carta del cónsul L. Cornelio dando cuenta de la batalla de Mutina, y la

que su colega Q. Minucio escribía desde Pisa recordando que la suerte le había designado para presidir los comicios; pero que el estado de las cosas en Liguria era demasiado crítico para que pudiese dejar aquella provincia sin causar la ruina de los aliados y grandes perjuicios á la república. Rogaba, por tanto, á los senadores que enviasen á su colega, que había terminado su expedición, la orden de marchar á Roma para los comicios. Si Cornelio, decía, se negaba á encargarse de un cuidado que no le había designado la suerte, se conformaba con la decisión del Senado; pero que se debía examinar detenidamente si el interés de la república no exigía que se recurriese al interregno antes que hacerle abandonar su provincia en aquellas circunstancias. El Senado encargó á C. Scribonio que enviase dos legados del orden senatorial que llevasen al cónsul L. Cornelio la carta de su colega, y le notificase que ante su negativa de marchar á Roma para presidir la elección de nuevos magistrados, se recurriría al interregno antes que llamar á Q. Minucio, cuyas operaciones apenas habían comenzado. Los legados regresaron diciendo que L. Cornelio acudiría á Roma para presidir los comicios. La carta que este cónsul había escrito inmediatamente después de la batalla con los boyos, dió margen á algunos debates, porque su legado M. Claudio había dirigido á muchos senadores mensajes particulares en los que atribuía á la fortuna del pueblo romano y al valor del ejército el triunfo que se había conseguido. «Lo que se debía al cónsul, decía, era la pérdida de considerable número de soldados y la vergüenza de haber dejado escapar los enemigos que hubiesen podido exterminar. Esta pérdida era importante, porque habían mandado avanzar demasiado tarde la reserva en socorro de los cuerpos que cedían; y se había dejado escapar á los enemigos, porque se tardó mucho en mandar á la caba-

lleva legiónaria que atacase, y no se le había permitido perseguir á los fugitivos. Acordóse no decidir apresuradamente acerca de este asunto y se dejó la deliberación para asamblea más numerosa. Lo que más apremiaba era poner remedio al azote de la usura que devoraba al Estado. Para escapar á las numerosas leyes con que habían encadenado la avaricia, los usureros habían imaginado trasladar las obligaciones á nombre de los aliados que no estaban sometidos á aquellas leyes, pudiendo de esta manera abrumar libremente con sus usuras á los desgraciados deudores. Buscóse medio de reprimir este fraude, y se decidió que, á partir del día de la *Feralia* (1), todos los

(1) Era la fiesta pública y solemne de los muertos. Celebrábase á fines del mes de Febrero y consistía principalmente en libaciones hechas á los manes.

Según Festo, las ofrendas que se hacían á los manes consistían en vino, leche, hierro, sal ó sangre, perfumes y flores. Plutarco añade habas, porque, dice, que se creía que la forma de esta legumbre se parecía á la de las puertas infernales.

Estas fiestas duraban muchos días, y la del último, que llevaba más especialmente el nombre de *Feralia*, correspondía al duodécimo día de las kalendas de Marzo, es decir, once días antes de terminar el mes. Durante estos días dedicados al luto, estaba prohibido casarse y en general emprender algún asunto importante; las estatuas de los dioses, hasta en las calles estaban cubiertas con velos; las puertas de los templos estaban cerradas y el incienso dejaba de arder en los altares. Entre los atenienses también estaba prohibido casarse durante la fiesta que se celebraba en el mes anthesterión, en honor de los muertos.

Los antiguos no tenían ideas muy fijas relativamente á los manes. En tanto veían en ellos dioses infernales, genios tutelares de los difuntos y les daban por madre común la diosa Mania ó Larunda, en tanto los tomaban por las almas de los mismos muertos. En esta acepción, la palabra manes significaba á la vez y de un modo indeterminado, primero los Lares ó espíritus de los hombres virtuosos, que se adherían á la posteridad que habían dejado en la tierra, y tomaban en cierto modo pose-

aliados que en adelante prestasen dinero á ciudadanos romanos, lo declararían, y que desde aquel día también el deudor podría hacer juzgar según la ley que quisiese (1) los litigios que sobreviniesen entre él y su acreedor con ocasión de los préstamos. Habiendo dado á conocer las declaraciones la enorme masa de las deudas contraídas al amparo del fraude, el tribuno M. Sempronio propuso al pueblo, con el consentimiento del Senado, y un plebiscito ordenó que los aliados del nombre latino estuviesen obligados á sujetarse para los préstamos á la jurisprudencia establecida en Roma. Estos fueron los acontecimientos interiores y las operaciones militares que se realizaron en Italia. En España estuvo muy lejos de corresponder á lo que se había anunciado la importancia de la guerra. En la citerior, se apoderó C. Flamínio de la ciudad de Ilucia en el territorio de los oretanos, y en seguida llevó el ejército á invernar. Durante el frío libró muchos combates sin importancia para poner término á excursiones de bandidos, más bien que de enemigos; los resultados se equilibraron y pereció mucha gente. Fulvio realizó empresas más notables. Cerca de Toledo encontró á los vanceanos, venció aquellos ejércitos, les puso en fuga y se apoderó del rey Hilermo.

Mientras ocurrían estas cosas en España, acercábase

sión de los parajes que habitaba, para ejercer sobre ella favorable influencia; segundo, las Larvas ó Lemuras, que, á causa de los delitos cometidos durante su vida, no encontraban en la muerte paraje donde descansar, y aparecían como fantasmas, inofensivos para los buenos y temibles para los malvados. Por lo demás, todo el sistema de demoniología de los romanos es sumamente incierto y obscuro.

(1) Permitióse á los deudores elegir, para que juzgasen sus litigios con los acreedores, entre la legislación romana y la latina. Aquélla favorecía más al deudor y ésta al acreedor.

el día de los comicios. El cónsul L. Cornelio dejó su ejército á las órdenes de su legado M. Claudio y marchó á Roma, donde dió cuenta al Senado de sus operaciones, y del estado en que se encontraba la provincia; en seguida se quejó ante los Padres conscriptos de que después de haber visto terminar felizmente, con la segunda victoria, una guerra tan peligrosa, no se hubiese pensado en dar gracias á los dioses inmortales; y pidió que se decretase un día de acciones de gracias y al mismo tiempo que se le honrase con el triunfo. Pero antes de que se discutiese esta proposición, Q. Metelo, que había sido cónsul y dictador, observó que la carta del cónsul L. Cornelio al Senado y las de M. Marcelo dirigidas á muchos senadores y que habían llegado á Roma al mismo tiempo, no se encontraban de acuerdo, y que si se había aplazado la deliberación fué para tenerla en presencia de los autores de las cartas. «Había esperado, decía, que el cónsul, conociendo perfectamente los ataques que le dirigía su legado, le traería á Roma, puesto que tenía que venir él. Además, hubiese sido mucho más natural entregar el mando del ejército á T. Sempronio, que estaba investido de autoridad militar, que á un simple legado. Pero parecía que se alejaba intencionalmente á Marcelo para que no pudiese repetir de viva voz lo que había escrito y acusar frente á frente á su general. Si el cónsul había citado algún hecho sin fundamento, sería imposible comprobarlo hasta que se conociese perfectamente la verdad. Opinaba, pues, que nada debía decidirse por el momento acerca de las peticiones del cónsul.» No por esto dejó de insistir L. Cornelio en que se decretasen acciones de gracias y que se le permitiese entrar en triunfo en la ciudad. Entonces los tribunos M. y C. Titinio declararon que se opondrían á la ejecución de todo senatus-consulto que se diese con este motivo.

El año anterior se había nombrado censores á Sexio Elio Peto y C. Cornelio Cethego. Este cerró el lustro, arrojando el censo cuarenta y tres mil setecientos cuatro ciudadanos romanos. En este año ocurrió un desbordamiento del Tíber, quedando inundada toda la parte baja de la ciudad. También ocurrió el derrumbamiento de muchos edificios cerca de la puerta Flumentana. El rayo cayó sobre la puerta Celimontana, así como en varios puntos de la muralla inmediata. En Laricia, en Lanuvio y en el Aventino cayeron lluvias de piedras. De Capua se recibió la noticia de que un numeroso enjambre de abejas había llegado al foro, posándose sobre el templo de Marte. Habíanlas recogido cuidadosamente y quemado. Con ocasión de estos prodigios se mandó á los decenviros que consultasen los libros sibilinos; ofrecióse un sacrificio novendial, se decretó un día de rogativas y se purificó la ciudad. En medio de estas fiestas dedicó M. Porcio Catón un santuario á la Victoria virgen, cerca del templo de la Victoria; este santuario lo había ofrecido dos años antes. En el mismo año, los triunviros Cn. Manlio Vulso, L. Apustio Tulo y Q. Elio Tuberón, llevaron una colonia al territorio de Thurias, habiendo sido Tuberón autor de la ley relativa á este establecimiento, que se componía de mil infantes y trescientos jinetes, número poco proporcionado á la extensión del territorio. Hubieran podido dar trescientas yugadas á cada infante y sesenta á cada jinete; pero, á propuesta de Apustio, se reservó la tercera parte del territorio, con objeto de poder enviar más adelante, si se quería, más colonos; recibiendo por tanto cada infante veinte yugadas y cuarenta cada jinete.

Tocaba el año á su fin, y la ambición se había desarrollado más que nunca en los comicios consulares. El número de candidatos patricios y plebeyos era grande, siendo todos varones importantes. P. Cornelio Escipión,

hijo de Cneo, vuelto recientemente de España, donde se había distinguido por brillantes triunfos; L. Quinceio Flamínio, que había mandado la flota en Grecia, y Cn. Manlio Vulsó, eran los candidatos patricios. Los del otro orden eran C. Lelio, Cn. Domicio, C. Livio Salinator y M. Acilio; pero todos se inclinaban á Quinceio y á Cornelio, candidatos patricios los dos para la plaza que correspondía á su orden, los dos igualmente atendibles por el brillo reciente de sus proezas militares. Sentíanse animados en su rivalidad por el apoyo que les prestaban sus hermanos, los dos generales más famosos de la época. La gloria de Escipión era más grande, y por lo mismo más expuesta á la envidia; la de Quinceio era más reciente, puesto que acababa de triunfar aquel mismo año. Escipión tenía además en contra suya no haber cesado casi en diez años de fijar la atención pública; había sido nombrado cónsul por segunda vez después de la derrota de Anníbal, después censor. Ahora bien: la muchedumbre respeta menos á los grandes hombres cuando se ha saciado de verles. Quinceio, por el contrario, tenía en su favor la novedad: después de su triunfo no había pedido nada al pueblo ni obtenido nada de él. «Solicitaba, dijo, para un hermano y no para un primo (1), para un legado que había tomado parte en los trabajos de sus expediciones; porque si él había combatido por tierra, su hermano había dirigido las operaciones por mar. Estas consideraciones hicieron preferir L. Quinceio al candidato que sostenía Escipión el Africano, pariente próximo suyo, y toda la familia Cornelia, en una asamblea presidida por un cónsul de este nombre, á un varón que en otro tiempo recibió el

(1) En efecto, Escipión el Africano solamente era primo hermano del candidato, mientras que T. Quinceio era hermano de su competidor. Esta confusión era bastante común entre los romanos.

honor de obtener todos los votos del Senado y ser designado como el ciudadano más digno, por su virtud, de albergar á la diosa Idea Máter, traída de Pesinunta á Roma. L. Quinceio, fué, pues, nombrado cónsul con Cn. Domicio Ahenobarbo. De manera que el Africano no tuvo influencia para que se diese el puesto de cónsul pibleyo á C. Lelio, cuya candidatura apoyaba. Al día siguiente fueron creados pretores L. Scribonio Libón, M. Fulvio Centumalo, A. Atilio Serrano, M. Beblio Tamfilo, L. Valerio Tappo y Q. Salonio Sarra. Los ediles de este año M. Emilio Lépidio y L. Emilio Paulo señalaron su magistratura con la condenación de muchos arrendatarios de pastos; empleando el producto de las multas en adornar con escudos dorados la bóveda del templo de Júpiter. Elevaron también dos pórticos, uno fuera de la puerta Trigemina, prolongándose por un mercado hasta el Tíber; el otro se extendía desde la puerta Fontinal al templo de Marte, llevando al campo de Marte.

Hacia mucho tiempo que no ocurría nada digno de memoria en Liguria. A fines de este año, el cónsul corrió dos veces graves peligros. Su campamento fué saqueado y apenas tuvo tiempo para defenderse; pocos días después, sabiendo los ligurios que había penetrado con su ejército en un desfiladero, corrieron á apoderarse de las gargantas por donde tenía que salir. Encontrando el cónsul cerrada la salida, volvió la espalda y quiso retroceder; pero por este lado ocupaba también el enemigo la garganta. Recordó entonces el cónsul las Horcas Caudinas, y hasta, por decirlo así, se creyó trasportado á aquel paraje fatal. Unos ochocientos jinetes númidas formaban parte de las tropas auxiliares, y su jefe ofreció al cónsul forzar el paso por el lado que quisiese. «Solamente, dijo, deseaba saber cuál era la parte del país más habitada, para caer sobre los caseríos é incendiar los edificios, con objeto de obligar por este medio

á los ligurios á alejarse de las posiciones que habían tomado y á volar en socorro de sus hogares.» El cónsul le prodigó elogios y le hizo esperar grandes recompensas. Los númidas montaron á caballo y marcharon á presentarse ante los puestos enemigos, sin hacer ninguna provocación. A primera vista, nada tan despreciable como aquella gente. Hombres y caballos eran pequeños y flacos; los jinetes, casi desnudos, no llevaban más armas que venablos; sus caballos no tenían brida y sus movimientos eran desgraciados, corriendo con el cuello tendido y la cabeza alargada. Los númidas, para aumentar el desprecio que inspiraban, se dejaban caer de los caballos, excitando las risas con su fingida torpeza. Así, pues, los ligurios, que al pronto se habían preparado á rechazar un ataque contra sus líneas, abandonaron en seguida en su mayor parte las armas y se pusieron á contemplar ociosamente aquella extraña caballería. Los númidas continuaron sus movimientos, en tanto avanzando, en tanto retrocediendo, pero acercándose poco á poco á la salida del desfiladero, como si no pudiesen dominar sus caballos y les llevasen á pesar suyo. Después, clavando de pronto los acicates, pasaron rápidamente á través de las líneas enemigas, y, en cuanto llegaron á la llanura, prendieron fuego á todas las casas inmediatas al camino. En seguida corrieron á incendiar los caseríos más cercanos, llevándolo todo á sangre y fuego. La vista del humo primero, después los gritos de los habitantes sorprendidos en sus casas y últimamente la llegada de los ancianos y de los niños que se refugiaban en el campamento, difundieron el espanto; y en seguida, sin tomar consejo, sin esperar órdenes, corrieron los ligurios cada cual por su lado á la defensa de lo suyo. En un instante quedó desierto el campamento, y libre el cónsul pudo continuar su marcha con seguridad.

«Pero ni los boyos ni los españoles, con quienes habían sostenido guerra aquel año, mostraron tanto encarnizamiento contra Roma como los etolios. Cuando los ejércitos de la república abandonaron la Grecia, se lisonjearon al principio de que Antioco iría á apoderarse de la Europa desguarnecida de tropas y que, por su parte, Filipo ó Nabis empuñarían de nuevo las armas. Viendo que todo quedaba en reposo y persuadidos de que les importaba suscitar disturbios y sembrar agitaciones para que sus proyectos no quedasen destruídos por el tiempo, celebraron una asamblea en Naupacta. Allí su pretor Thoas se quejó de la injusticia de los romanos, y se lamentó de la situación de la Etolia, que era el estado que había sufrido mayores humillaciones después de una victoria á la que habían contribuído sus armas, y propuso que se enviasen legados á los reyes para conocer sus intenciones y exponer á cada uno los motivos más á propósito para levantarle contra Roma. Demócrito fué enviado á Nabis, Nicandro á Filipo, y Dicearco, hermano del pretor, á Antioco. Demócrito expuso al tirano lacedemonio que, al arrebatarle sus ciudades marítimas, habían destruído su poder; «porque aquellas plazas, decía, eran las que le suministraban soldados, naves y marinos. Encerrado, por decirlo así, en sus murallas, veía á los aqueos dominar en el Peloponeso. Jamás encontraría ocasión de recobrar lo que había perdido, si no aprovechaba la que en aquel momento se le ofrecía. No había ejército romano en Grecia; y por Gyccio y las otras ciudades marítimas de la Laconia no creería el Senado deber enviar sus legiones.» El objeto de este lenguaje era excitar el resentimiento de Nabis, impulsarle á romper con los romanos, atacando á sus aliados, y llevarle, por el conocimiento de sus faltas, á hacer causa común con Antioco, en cuanto este rey pisase la Grecia. Nicandro hablaba en el mismo sen-



tido á Filipo; existiendo en realidad mayores motivos de recriminación, porque este rey había caído desde más altura que el tirano y sus pérdidas eran más considerables. Recordóle además la antigua fama de los reyes de Macedonia y la marcha triunfal de sus ejércitos por el mundo conquistado. Decíale «que podía intentar sin temor la empresa que le proponía y esperar el resultado. Porque no le aconsejaba se comprometiese antes que Antioco pasara á Grecia al frente de su ejército; y, por otra parte, si por tanto tiempo había sostenido, sin el apoyo de Antioco, la guerra contra los romanos y los etolios, ahora que tendría con él aquel rey y por aliados á los etolios, cuyas hostilidades les hicieron entonces más daño que las de los romanos, ¿cómo podrían estos hacerle frente?» Hablábale también del auxilio de Anníbal, aquel enemigo nato de los romanos, que les había matado más generales y soldados que les quedaban. Estas cosas decía Nicandro á Filipo. Otras eran las razones que exponía Dicearco á Antioco. «Los romanos, decía especialmente, habían recogido todo el fruto de las victorias conseguidas contra Filipo y los etolios todo el honor. Los etolios eran los únicos que habían abierto la entrada de Grecia á los romanos; ellos eran los que les dieron medios de vencer.» En seguida enumeraba las fuerzas que levantarían, tanto de infantería como de caballería, para ayudar á Antioco; las ciudades que entregarían á su ejército de tierra y los puertos que abrirían á su flota. Citaba también á Filipo y Nabis, sin temor á que le desmintiesen, como dispuestos á levantarse y aprovechar la primera ocasión que se presentase para reconquistar lo que la guerra les había arrebatado. De esta manera procuraban los etolios suscitar enemigos á los romanos en todo el universo. Sin embargo, los dos reyes no se movieron ó no lo hicieron hasta mucho después.

Nabis envió en seguida emisarios á todas las ciudades de la costa para promover disturbios, sedujo con regalos á una parte de los habitantes más notables é hizo asesinar á los que permanecían fieles á la alianza romana. Los aqueos, encargados por T. Quincio de la defensa de las ciudades marítimas de la Laconia, enviaron en seguida una legación al tirano para recordarle el tratado que había ajustado y exhortarle á no romper una paz que tanto había deseado. Al mismo tiempo enviaron socorros á Gycio, sitiada ya por el tirano, y comunicaron á Roma lo que pasaba. Antioco, que aquel invierno había celebrado en Raffia, en Fenicia, el matrimonio de su hija con Ptolomeo, rey de Egipto, y que en seguida había regresado á Antioquía, atravesando la Cilicia, cruzó el monte Tauro, y al terminar la estación llegó á Éfeso. Al comenzar la primavera, envió á su hijo Antioco á Siria para vigilar sus provincias más lejanas y evitar todo movimiento que pudiera estallar á su espalda durante su ausencia, y él mismo partió al frente de todas sus fuerzas terrestres para reducir los pisidianos de Sida. Por este tiempo los comisarios romanos P. Sulpicio y P. Vilio, enviados, como antes dijimos, á la corte de Antioco, pero con orden de marchar primeramente cerca de Eumeno, llegaron á Elea, desde donde avanzaron hasta Pérgamo, residencia de Eumeno. Este príncipe deseaba la guerra, porque consideraba á Antioco peligroso vecino, si se mantenía la paz; tan inferior á la de los romanos era la fuerza de aquel rey, que si estallaba la guerra, no podría resistirla, como no pudo Filipo, y no tardaría en realizarse su ruina; ó si le concedían la paz después de la derrota, le impondrían muchos sacrificios que servirían para aumentar el reino de Pérgamo y que le permitirían defenderse fácilmente en adelante sin el socorro de los romanos. Aunque él mismo tuviese que experimentar algunos